

Los fundamentos económicos del neoliberalismo

Fernando Salas Falcón

El neoliberalismo, hoy día una de las escuelas más influyentes en el campo de la economía, surge de la revisión y actualización de los principales postulados del liberalismo clásico, retomando sus aspectos positivos y presentando enfoques nuevos con miras a prever problemas no resueltos por la teoría original. El autor del presente ensayo¹ se refiere a los principios de la escuela clásica para confrontarlos con las innovaciones de la teoría actual, y concluir con un recuento de las diversas tendencias que se distinguen dentro de la escuela neoliberal en su sentido más amplio.

* * *

1. Introducción: los neoliberalismos

EL TEMA ORIGINALMENTE PLANTEADO para esta exposición fue el de los fundamentos políticos y económicos del neoliberalismo. Sin embargo, he querido circunscribirlo más a lo económico por dos razones. Una, de índole personal: el modesto campo de mis inquietudes y mis conocimientos me orienta, básicamente, hacia la teoría económica y la historia del pensamiento económico. Y otra, de carácter más general: de cualquier manera y aunque no se quiera, las consideraciones en torno a economía pura terminan por conducir al ámbito de la política, dado que los análisis y las decisiones sobre política económica —aunque estén supuestamente basados en la economía pura— se asientan, en realidad y en la gran mayoría de los casos, sobre razonamientos y móviles estrictamente políticos. En otras palabras, el tratar sobre los fundamentos económicos del neoliberalismo lleva, aunque no sea esa la intención expresa, a tratar de alguna manera el aspecto político implícito en tal corriente del pensamiento social contemporáneo. De esta forma, el declarar que buscaré limitarme a las concepciones económicas de los liberales no significa que pretenda evadir el tratamiento de sus ideas en teoría y práctica políticas. Sino, simplemente, que haré énfasis en lo económico. Lo que, como he afirmado, en muchos casos me conducirá, inevitablemente, a lo político.

Para entrar ya en materia, debo comenzar por sentar dos premisas. La primera de ellas es la de que, en economía, los términos equivalentes a neoliberalismo o neoliberal son, respectivamente, *neoclasicismo* o *neoclásico*. En efecto, se ha convenido en llamar clásicos a los padres fundadores

III TRIMESTRE 1987

de la moderna ciencia económica. Es decir, al conjunto de economistas que se inicia con Adam Smith (1723-1790) y que incluye como figuras destacadas, entre otras, a David Ricardo (1772-1823), Thomas Robert Malthus (1766-1834), Jeremy Bentham (1748-1832), Jean Baptiste Say (1767-1832), Nassau William Senior (1790-1864) y John Stuart Mill (1806-1873), última gran figura de la escuela que fue ya, en cierta forma, uno de sus primeros revisionistas. Como usualmente ocurre con las grandes corrientes del pensamiento, las concepciones de los clásicos surgen, en buena medida, como antítesis a las ideas y prácticas mercantilistas todavía en boga hacia finales del siglo XVIII. Debe señalarse, para concluir esta apretada panorámica, que la escuela clásica tuvo precursores como Dudley North (1641-1691), Richard Cantillon (1680-1734) y David Hume (1711-1776), pero su real período de vigencia está entre 1776, año en el que Adam Smith publica su "Indagación acerca de la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones", y el año 1871, cuando la "Teoría de la economía política" de William Stanley Jevons (1835-1882) y los "Principios de economía" de Carl Menger (1840-1921), dan paso a la que después sería llamada escuela neoclásica, es decir, a la corriente del neoliberalismo económico. Más adelante profundizaré un poco en torno al por qué, a la razón de ser, de los neoclásicos. Por ahora, basta dejar sentada la premisa de que neoclásicos y neoliberales son denominaciones sinónimas, por lo menos a los efectos de mi exposición.

Una segunda premisa a fijar es la de que, más que de *neoliberalismo*, prefiero hablar de *los neoliberalismos*. Ciertamente, hay una gran idea común, la idea neoliberal, que trasciende como marco a cualesquiera variantes existentes del pensamiento neoliberal. Pero, por otra parte, tales variantes han existido y existen como subcorrientes de la escuela madre y, en algunos casos, han adquirido una importancia tal que son consideradas escuelas por sí mismas. Y no podría ser de otra forma, puesto que mucha agua ha pasado bajo los puentes desde que Jevons y Menger sentaron las bases del pensamiento neoclásico. Ya el inglés Alfred Marshall (1842-1924), considerado por muchos como la figura más destacada del neoclasicismo, revisó la teoría original, deslastrándola de extremismos contraproducentes. Por otra parte, me atrevería a afirmar (y quizás muchos marxistas coincidan conmigo) que el mismo Lord Keynes y los keynesianos no han sido, en el fondo y pese a las modificaciones sustanciales que introdujeron a y contra la teoría neoclásica, otra cosa que una variante más del neoliberalismo económico (aunque yo agregaría, dicho sea de paso, que sin dudas se trata de la más trasnochada de todas las versiones conocidas). Y por supuesto, no hay duda de los diferentes matices que existen entre el pensamiento de los primeros neoclásicos y de Marshall, y las ideas de los neoliberales de hoy como el Premio Nobel Paul Samuelson, el también Premio Nobel Milton Friedman y su Escuela de Chicago y los teóricos de la Escuela de la Economía de la Oferta (Supply Side Economics) de Arthur Laffer o Irving Kristol. O de las que hay entre las ideas de unos y otros con respecto a las concepciones de los que,

antes que liberales o neoliberales, prefieren denominarse *libertarios* y entre quienes están F. A. Hayek, otro Premio Nobel de Economía, y David Friedman (hijo de Milton), del Virginia Polytechnic Institute, con su capitalismo radical (o anarcocapitalismo, como algunos lo denominan), por citar sólo a unos pocos. O, finalmente, de las diferencias que hay entre los exponentes de todas las corrientes tomadas antes como ejemplos y John Kenneth Galbraith, descendiente ideológico del institucionalismo de Thorstein Veblen, los actualmente llamados liberales de la política norteamericana y los ideólogos del contemporáneo Partido Liberal de Alemania. Es evidente, pues, que existe un neoliberalismo que, sin embargo, cobija a más de un neoliberalismo. Esa es la segunda premisa que quiero dejar sentada. Trataré aquí de precisar, por una parte, los parámetros del pensamiento neoliberal en su concepción global para, después, llamar un poco la atención sobre algunas de las subcorrientes, a mi juicio, más importantes.

II. Los postulados de la escuela clásica

REGRESO AHORA A LOS ORIGENES DE LA Escuela Neoclásica (o del neoliberalismo económico). Como es obvio, el prefijo *neo* antepuesto al término *clásica* indica que el neoclasicismo constituye una revisión, una reformulación, un replanteamiento, o como quiera llamársele, del pensamiento clásico. Se trata, en efecto, de una vuelta al pasado. Pero de un retorno para reconstruir parcialmente sobre lo ya construido y no para demoler el todo. Para cimentar mejor el edificio ya existente, apuntalándolo allí donde hacía falta. Los neoclásicos retoman, por una parte, mucho de lo creado por los clásicos. Pero, por otra parte, redefinen y sustentan con más solidez aspectos no suficientemente consistentes de la teoría clásica y, lo que es más importante, aportan nuevos enfoques, ideas, argumentos y demostraciones.

Ahora bien, ¿qué mueve a algunos economistas de finales del Siglo XIX a emprender esta tarea de perfeccionamiento y reposición del sistema clásico? Sin dudas, la necesidad de encontrar respuestas científicas adecuadas a las críticas y objeciones que, a lo largo de la segunda mitad de ese siglo y en algunos casos con buenos fundamentos, se le hicieron a la teoría económica clásica. En efecto, los segundos cincuenta años de esa centuria fueron los años de auge de numerosas ideologías socialistas (socialismo de estado, socialismo utópico, socialismo cristiano, anarquismo, sindicalismo, socialismo gremial), de la Escuela Histórica Alemana y, por supuesto, del marxismo. Exponentes de esas corrientes llamaron la atención sobre fallas evidentes del esquema teórico clásico y pretendieron demoler, fundándose en inconsistencias parciales, todo el conjunto del pensamiento económico liberal. Ello condujo a análisis más exhaustivos, a nuevas investigaciones y al replanteamiento de buena parte de la teoría conocida. Y la síntesis de ese esfuerzo de creación intelectual fue el surgimiento de esa economía clásica renovada y mucho más sólida que se conoce como economía neoclásica o economía neoliberal y que hasta el presente ha mantenido plena vigencia como una de las dos o tres grandes corrientes del pensamiento económico que

1/ Este ensayo forma parte de la colección de monografías del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, CEDICE, de Venezuela.

realmente cuentan a la hora de las definiciones en torno a la organización de la vida económica (y política) de una sociedad.

Antes de llegar al detalle de las modificaciones y ampliaciones que los neoclásicos hicieron a la teoría clásica, conviene conocer aun cuando sea una apretada síntesis de los rasgos fundamentales del pensamiento clásico, que pueden resumirse así:

— Las fuerzas del mercado libre y competitivo son las que determinan la producción, el cambio y la distribución. La economía se autorregula y tiende al pleno empleo sin la intervención de los poderes públicos. Por tanto, el primer principio de la Escuela Clásica fue el “laissez-faire” y el mejor gobierno el que interviene menos en la economía.

— Con la importante excepción de Ricardo, se presupone (y se hace énfasis en) la existencia de una *armonía de intereses*. Persiguiendo sus propios intereses, aun cuando sean los más egoístas, cada individuo sirve, sin saberlo o sin quererlo, a los superiores intereses de la sociedad.

Se hace hincapié en la importancia de todas las actividades económicas, especialmente de la industria. Los mercantilistas sostuvieron que la riqueza proviene exclusivamente del comercio, mientras que los fisiócratas vieron en la agricultura la fuente de toda riqueza. La Escuela Clásica sumó la industria al comercio y a la agricultura y consideró productiva a las tres actividades.

— La escuela consideró a la economía como un todo (su enfoque fue macroeconómico) y tuvo como objetivo el conseguir el máximo crecimiento y desarrollo económico.

— Los clásicos, finalmente, hicieron un extraordinario aporte a la ciencia económica al elaborar un método de análisis de la economía y de las leyes económicas que operan dentro de ella.

Existen, por supuesto, muchos otros aspectos que merecen consideración. Por ejemplo, la aplicación de la teoría clásica promovió la acumulación de capital y el crecimiento económico, lo que significó un gran servicio para toda la sociedad. Si bien inicialmente los asalariados soportaron la mayor parte de los costes de la industrialización (largas horas de trabajo a bajos precios), después el progreso técnico les hizo capaces de mejorar su propia posición y aunque la parte de la torta fue relativamente pequeña para ellos, el crecimiento de esa torta favoreció a las sucesivas generaciones de trabajadores, al igual que sucedió con los restantes grupos. Asimismo, el énfasis que los clásicos pusieron en la división del trabajo, en las ventajas del comercio internacional y en el desarrollo económico es todavía básicamente compatible con los objetivos que persiguen las sociedades modernas. Además, establecieron los fundamentos de la economía moderna como ciencia y las generaciones que siguieron edificaron su pensamiento sobre sus ideas y realizaciones. Mención especial merece, finalmente, lo relativo a la teoría clásica del valor-trabajo, que condujo a las doctrinas socialistas y que fue, precisamente, uno de los objetos de la revisión adelantada por los neoclásicos. Sobre esto volveré más adelante.

III. La esencia de la economía neoclásica

VEAMOS, ANTES, CUALES SON, A GRANDES RASGOS, los postulados fundamentales del pensamiento económico neoliberal y en qué consisten las diferencias y las enmendadas de plana que se le hacen a los clásicos. Las ideas básicas de la *Escuela Marginalista*, como también se conoce a la corriente neoclásica, pueden condensarse en los siguientes diez grandes principios:

— Para explicar los fenómenos económicos, la atención se centró en el margen o límite, punto de cambio en el que se toman las decisiones. Es decir, las situaciones se evalúan de acuerdo con las características o condiciones de la última unidad considerada entre un conjunto dado de elementos. Así, la formulación del marginalismo que Ricardo desarrolló en su teoría de la renta se extiende a toda la teoría económica. Y, por lo demás, el concepto de margen, aplicado a la utilidad o valor de uso de los bienes y los servicios, es de importancia capital en la formulación de una teoría del valor de mucha mayor solidez científica que la mostrada por la teoría del valor-trabajo de los clásicos, que también tomó Marx para sustentar su teoría de la explotación que constituye la esencia de la contradicción entre propietarios y no propietarios de los medios de producción y que se resolverá con la supresión del capitalismo y el avance hacia los estadios superiores de organización social (socialismo, primero, y comunismo, después). Repito que sobre esto volveré con más detenimiento un poco más adelante.

— El enfoque neoclásico es *microeconómico*, y no macroeconómico como fue el de los clásicos. Elementos individuales ocupan el centro del escenario. En lugar de considerarse globalmente la economía, se analizan las decisiones de los sujetos económicos individuales, las condiciones y precios del mercado para una sola categoría de bienes, la producción de una sola empresa, y así sucesivamente.

— Como fue el de los clásicos, el método neoclásico es abstracto deductivo.

— El análisis se refiere a un sistema económico en el cual predomina la competencia. Hay muchos compradores y muchos vendedores, los productos son homogéneos y los precios son uniformes. Ningún sujeto económico (productor o consumidor) tiene poder suficiente para influir perceptiblemente en los precios de mercado. Los sujetos pueden adaptar su actuación a la demanda, la oferta y el precio, determinados en el mercado mediante la interacción de un número indefinido de sujetos. Cada uno de ellos es como un minúsculo operario en el vasto mercado: nadie nota su presencia o su ausencia.

— La demanda se constituye en la fuerza predominante en la determinación del precio (los clásicos habían tomado el coste de producción — oferta— como el único determinante del valor de cambio). Esta posición fue extrema en los primeros marginalistas, pero la suavizó después Marshall, que sintetizó oferta y demanda en lo que se denomina propiamente economía neoclásica, la cual es básicamente marginalista, pero sin dejar de reconocer las numerosas aportaciones de la economía clásica.

— Con los neoclásicos la economía se hace subjetiva y psicológica en alto grado. La demanda depende de la utilidad marginal, que es un fenómeno

síquico. Los costes de producción incluyen el sacrificio y la fatiga que supone el levantar y dirigir una empresa y el ahorrar el dinero para constituir el capital.

— Se sostiene que las fuerzas económicas tienden generalmente hacia un equilibrio de fuerzas opuestas. Cada vez que una perturbación origina trastornos de equilibrio, aparecen fuerzas nuevas que llevan hacia él otra vez.

— Se rebate la teoría de la renta de Ricardo. Contra la tesis de que la renta de la tierra es un ingreso no ganado y un pago no necesario para asegurar el uso de la tierra, el neoclasicismo incluye a la tierra entre los bienes de capital producidos, conectando la renta de la tierra con la teoría del interés.

— Se supone que los hombres actúan racionalmente al comparar placer y dolor, al calcular las utilidades marginales de bienes diferentes y al establecer el equilibrio entre necesidades presentes y futuras. El comportamiento racional es el normal y las anomalías casuales se contrarrestarán. El enfoque es hedonista, pues se supone que las fuerzas dominantes entre los hombres son la maximización del placer y la minimización del dolor.

— Al igual que en la economía clásica, se defiende al “laissez-faire” como la política más deseable. Las leyes económicas naturales no son obstáculo para la consecución de los máximos beneficios sociales.

IV. La utilidad marginal y la teoría del valor

EN EL CASO DE LOS NEOCLÁSICOS, es evidente que también habría mucho que agregar. Para ser breve, señalaré tan sólo que la escuela marginalista desarrolló nuevos y poderosos instrumentos de análisis, en especial representaciones gráficas y técnicas matemáticas. Gracias a ella, la economía se convirtió en una ciencia exacta (por lo menos, hasta donde es posible considerarla así). Particular significación tiene la creciente importancia que se concedió a las condiciones de la demanda, como conjunto de determinantes de los precios de los bienes finales y de los factores de producción. E, igualmente, el poner de relieve las fuerzas que conforman las decisiones individuales. En efecto, el hecho de no menospreciar la unidad económica individual o los pequeños sectores de la economía tiene una importancia indudable. El enfoque microeconómico del marginalismo complementa al enfoque macroeconómico. Y cada uno de ellos es válido siempre que no se ignore total y olímpicamente el punto de vista del otro.

En adición, las hipótesis fundamentales subyacentes en el análisis económico, que en el ámbito del pensamiento clásico sólo estuvieron implícitas, fueron explícitamente definidas por los neoclásicos. Ello a pesar de que, ciertamente, los primeros grandes teóricos del marginalismo consideraron a la economía clásica como esencialmente dañina, pues parecía llegar a la conclusión de que la renta económica era una renta no ganada y se basaba, además, en la teoría del valor-trabajo. Pensaban que si la economía clásica podía utilizarse para afirmar algo que nunca estuvo en la mente de sus creadores (por ejemplo, que la renta es inmoral y que el trabajo crea todos los valores), había llegado el momento de hacer una completa revisión de la ciencia de la riqueza.

Y esto nos lleva ya casi a la consideración de la cuestión de la teoría del valor. Digo casi porque, antes, es necesaria aún una breve explicación en torno al concepto de margen o límite que desarrollaron los neoclásicos. Veamos esto a través del concepto de la *utilidad marginal decreciente*, interesante de por sí por cuanto se relaciona con la polémica cuestión de los precios de bienes y servicios de consumo o de producción.

Desde los albores de la ciencia económica se distinguieron dos valores para cada bien: su *valor de uso* y su *valor de cambio* o *precio*. El primero se refiere a la valoración que puede dársele a un bien en razón de sus características intrínsecas (o, dicho de otro modo, de su utilidad o capacidad para satisfacer necesidades o deseos de los seres humanos). El segundo, al valor al cual efectivamente son cambiados en el mercado por dinero o por otros bienes. Y desde entonces se planteó, también, la cuestión de por qué los valores de cambio son tan diferentes (mayores) a los valores de uso. Es decir, se trató de dilucidar el problema de por qué valen las cosas, de qué es lo que determina, en realidad, el valor de las cosas. Las explicaciones a esta interrogante son las teorías del valor que han elaborado las diferentes escuelas del pensamiento económico.

Así, los clásicos y Marx orientaron su análisis hacia el valor-trabajo. Los clásicos distinguieron entre “valor en uso” y “valor en cambio”. En cuanto a este último, único que consideraron económicamente importante, definieron dos variantes: el *precio de mercado* y el *precio natural* o, simplemente, *valor*. Como ya he sugerido, los clásicos se desentendieron de la cuestión de la formación de los precios en el mercado (es decir, de lo relativo al precio de mercado), lo cual constituyó una de sus grandes deficiencias. En cambio, se ocuparon del precio natural o valor, que pensaron era independiente de los caprichos del mercado (los precios del mercado pueden variar, pero el valor permanece constante). Y afirmaron que el trabajo “era la medida del valor”: el valor de un bien se basa en la cantidad de trabajo necesaria para producirlo, pudiendo ser dicho trabajo el directo (“incorporado”) que se mide por los salarios pagados a los trabajadores, o el indirecto (“ordenado” o “controlado”), que se mide por las remuneraciones a los propietarios de la tierra (rentas) y las remuneraciones al capital (beneficios). En todo caso, el trabajo es el determinante del valor y, por otra parte, las fuerzas de la competencia empujarían al precio de mercado hacia el precio natural.

De Adam Smith a John Stuart Mill, pasando por David Ricardo, la teoría del valor clásica experimentó modificaciones. Pero su esencia continúa siendo la misma que tomaría después Marx para elaborar su propia teoría, también basada en el valor-trabajo. En efecto, para Marx lo que determina el valor de cambio (o, simplemente, valor) de una mercancía, es el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado a ella, considerando unas condiciones normales de producción y la especialización e intensidad medias del trabajo en ese momento. El tiempo de trabajo socialmente necesario incluye tanto el trabajo directo de producción de la mercancía, como el trabajo incorporado en forma de maquinaria y materias primas utilizadas y el valor transferido a la mercancía durante el proceso de producción. Tal en-

foque retoma, aunque con modificaciones, la idea ricardiana y es la sustancia que sirve de base para la formulación de la teoría de la explotación. Si todo valor es creado mediante trabajo, el propietario de los bienes de capital no tiene derecho alguno a apropiarse parte del producto, que pertenece totalmente a los trabajadores que lo producen. Pero, en la realidad, el empresario se apropia de una parte importante del producto. ¿Cómo? De la siguiente manera: compra "fuerza de trabajo" y la remunera con salarios que equivalen al coste de subsistencia del trabajador y su familia. Pero en el "tiempo de trabajo" efectivo el trabajador produce más que ese salario de subsistencia que se le paga (costo de la fuerza de trabajo). La diferencia entre lo producido por el trabajador y el costo que se le entrega por su trabajo es el beneficio del empresario, del capitalista o del terrateniente, que los marxistas denominan "plusvalía". Así, en el capitalismo, todo trabajo parece ser retribuido, pero esto es un espejismo. En verdad, existe una simple explotación. Toda renta de la propiedad nace de la explotación del trabajo en el proceso productivo.

En cambio, los neoclásicos parten, en la formulación de su teoría del valor, del valor de uso de los bienes. Es decir, de su utilidad. Pero no de la utilidad a secas, sino de una *utilidad marginal* (o en el límite) que es *decreciente*. Para entender mejor este concepto, tomemos un ejemplo. Por un vaso de bebida para calmar la sed, un individuo está dispuesto a pagar cierta cantidad de unidades monetarias que, arbitrariamente, supongamos que es 10. En el momento de la necesidad extrema, pagará lo más que pueda, por cuanto la utilidad que le reporta el vaso de bebida es, igualmente, extrema. Por un segundo vaso de bebida, cuya utilidad es algo menor (por cuanto ha satisfecho parcialmente su sed) estará dispuesto a pagar algo menos. Digamos, 8. Un tercer vaso le reportará aún menos utilidad (ya la sed está bastante satisfecha): pagará por ese vaso quizá 6. Con el cuarto y el quinto vaso ocurrirá lo mismo: la utilidad que reportan será cada vez menor (la utilidad será decreciente) y el sujeto pagará por ellos, respectivamente, 4 y 2. Si hubiere un sexto vaso, ya no se estaría dispuesto a pagar por él, por cuanto no reportaría ninguna utilidad. Y por vasos adicionales a beber, no sólo no se pagaría nada, sino que hasta se exigiría quizás un pago: del séptimo vaso en adelante no sólo no habría utilidad, sino que existiría desutilidad creciente, porque cada vaso adicional podría ser más dañino que el anterior.

Detengámonos, sin embargo en el quinto vaso, aquél que reporta una utilidad tal que hace que su valor sea 2. Si este vaso es el último de los disponibles (o sea, está en el margen o límite) la utilidad que él reporta se denomina *utilidad marginal* y el valor de ese vaso es, en definitiva, el valor de *cada uno* de los otros vasos disponibles. Porque, en efecto, si se consideran ahora los cinco sin establecer un orden determinado, cada uno de ellos puede ser el último (el del margen o límite) y cualquiera de ellos podrá tener, entonces, el valor correspondiente a la utilidad marginal. Generalizando, dado un conjunto suficientemente numeroso de bienes, el valor de cada unidad es el correspondiente al de la última unidad que pueda considerarse. Es decir, al valor determinado por la utilidad marginal. Si se adquiere más de un bien, la *utilidad total* reportada por la adquisición será el resultado de sumar

las diferentes utilidades reportadas por cada unidad, pero el *valor total* será el resultado de multiplicar el número de unidades adquiridas por el valor unitario, o sea, por el valor inherente a la utilidad marginal del bien. En el ejemplo considerado, si cuantificamos la utilidad que reporta al comprador cada vaso de bebida con los mismos dígitos usados para cuantificar el valor, la utilidad total será 30 ($10 + 8 + 6 + 4 + 2 = 30$), mientras que el valor total será 10 ($5 \times 2 = 10$).

Todo este razonamiento lógico de los neoclásicos, por lo demás, está sólidamente sustentado por demostraciones matemáticas, mediante el uso del cálculo infinitesimal. Conviene señalar que también demostraron, lógicamente y matemáticamente, que el precio de un bien es directamente proporcional a su utilidad marginal y que ésta depende de circunstancias como la intensidad de las necesidades y la escasez relativa del bien de que se trate y de los bienes sucedáneos. Y que, en adición, la consistencia de la teoría del valor marginalista está demostrada también por el hecho de que es la única que resuelve a plena satisfacción las llamadas paradojas del valor que no pudieron resolver ni los clásicos ni Marx con sus teorías del valor-trabajo. La más conocida e ilustrativa de tales paradojas es la del agua y los diamantes: ¿por qué el agua, siendo tan necesaria para la vida, vale tan poco y, en cambio, los diamantes, bienes no necesarios a estos fines, valen tanto? De acuerdo con las teorías del valor-trabajo y siendo que tanto el agua como los diamantes son bienes ofrecidos por la naturaleza que presentan ambos poco o ningún trabajo incorporado, el valor de los dos bienes debería ser muy semejante y bajo. Pero en la realidad no es así. Un diamante vale muchísimo más que un vaso de agua. La teoría del valor marginalista es la única que da una solución satisfactoria: un diamante vale más que un vaso de agua porque, en condiciones normales, la utilidad *marginal* de los diamantes es enormemente mayor que la utilidad *marginal* del agua. Dado que el volumen de unidades de agua disponibles en el mundo es infinito, por pequeña que sea la utilidad marginal de una unidad, siempre la utilidad *total* del agua será mayor que la utilidad *total* de los diamantes, puesto que, aunque la utilidad marginal del diamante es elevada, el número de diamantes existentes es muy inferior al de unidades de agua. En cambio, para una persona el quinto, el sexto o el séptimo vaso de agua no reportan ya utilidad y su valor es poco, nulo o negativo, pero para quien tiene tres o cuatro diamantes, el quinto, el sexto y el séptimo —y muchos más— siguen teniendo casi la misma utilidad y casi el mismo valor que el primero. Casi sin importar el número de diamantes de que se disponga, diamantes adicionales siempre serán apreciados. Es decir, cualquier unidad tendrá una alta utilidad marginal y, por ende, un alto precio.

He puesto tanto énfasis en la cuestión de las teorías del valor porque, igualmente, quiero hacer énfasis en la enorme significación que tiene este aspecto de la teoría económica neoclásica. Según este enfoque, la esencia de un sistema económico no consiste en la producción de bienes, sino en la producción de satisfacciones, y la medida del valor es lo que el público está dispuesto a comprar con base en la utilidad de los bienes y sus posibilidades (incidentalmente, los servicios, tanto como los bienes, cumplen esta

condición, por lo que la polémica de los clásicos sobre bienes materiales — únicos para ellos con valor económico— pasó al olvido, así como las nociones clásicas de trabajo productivo e improductivo). El sistema de mercado es un instrumento de integración a través del cual los recursos a disposición de la economía pueden ser asignados a los usos socialmente más beneficiosos y el progreso puede resolver las tensiones sociales, en lugar de agravarlas. Por otra parte, los neoclásicos aplicaron también el concepto de margen (de utilidad marginal) a la producción y a la oferta. Con su teoría del valor y el análisis de los costos, hacen desaparecer de la escena los esfuerzos clásicos y marxistas por reducir el valor al factor trabajo, lo que, en el segundo caso, implica la pérdida de soporte de la teoría de la explotación y, en consecuencia, de las concepciones sobre la lucha de clases y el derrumbe inminente del capitalismo. Finalmente, los marginalistas, con los conceptos gemelos de oferta y demanda, presentaron los elementos necesarios para la explicación del precio en el mercado: el precio queda determinado por la intersección de esas dos curvas.

V. Economía neoliberal y política económica

SOBRE EL SOPORTE DE SU TEORÍA ECONOMICA, los neoclásicos (o neoliberales) han formulado y formulan el conjunto de sus recomendaciones en torno a política económica. Trataré de resumir algunas de las más importantes de ellas (y en algún caso repetiré quizás sugerencias que antes he presentado implícita o explícitamente).

— Los liberales abogan por la existencia de un mercado altamente competitivo. En tal marco, la economía se autorregula, no por el efecto impreciso de la “mano invisible” de los clásicos, sino por la ayuda (consciente o inconsciente) de los individuos (economías familiares o empresas) en la búsqueda de sus propios fines.

— En este orden de ideas, aunque algunos neoclásicos aceptan en alguna medida intervenciones estatales en la economía, en general los liberales abogan por la minimización de la interferencia del Estado y del Gobierno en el mercado (un poco más adelante haré algunas precisiones en cuanto a las intervenciones estatales que el liberalismo rechaza).

— Pero el liberalismo también se opone a las injerencias en el mercado representadas por acciones de los particulares. Tales son el acaparamiento, la especulación y la formación de monopolios, oligopolios y carteles, por una parte, y, por la otra, la actuación de los sindicatos cuando está orientada a fijar compulsivamente el precio del factor trabajo.

— Casi por definición, los liberales se oponen a los controles y regulaciones de precios. Esta firme convicción se sustenta no sólo en las argumentaciones y demostraciones de la teoría económica neoliberal, sino también en la evidencia empírica acumulada a lo largo de la historia. En más de cuatro mil años de discurrir de la humanidad no se conoce un solo caso en el que la regulación de precios no haya derivado en contracción de la oferta y escasez, o en especulación, o en mercados negros, o en desempleo, o en inflación, o, en resumen, en la acentuación de los problemas.

— En general, los liberales están en contra de las protecciones y los beneficios en favor de unos sectores de la sociedad cuando estos se otorgan con perjuicios para otros. Esta posición se sostiene tanto para los casos en los que unos empresarios obtienen ventajas estatales que van en desmedro de otros empresarios u otros sectores de la comunidad, como para los casos en los que capas ciudadanas se benefician de cualesquiera tipos de transferencias unilaterales.

— En particular, consideran contraproducentes los subsidios y ayudas similares y la amplia gama de los beneficios de la llamada seguridad social (pagos a desempleados, etc.). Por lo demás, los liberales no consideran esto como una muestra de desinterés hacia el prójimo. Simplemente, creen que la dádiva no es la mejor forma de asistencia a los menos favorecidos. La mejor forma de eliminar o disminuir la pobreza no es repartiendo pobreza, sino creando más riqueza a distribuir. Como señalara Leonid Breznev ante un congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, “sólo puede ser distribuido lo que ha sido producido. Esta es una verdad evidente”.

— Consecuentemente, los liberales se oponen al Gasto Público corriente, burocrático y con fines de “redistribución”, sobre todo cuando ese Gasto es deficitario y se recurre a la exacción fiscal para cubrir las brechas. Por lo demás, está ampliamente demostrado que el gasto estatal, deficitario o simplemente fastuoso, genera inflación.

— Los liberales abogan porque exista la más amplia independencia de los empresarios con respecto a créditos y, en general, cualquier clase de prebendas otorgadas por el estado.

— El liberalismo se opone a la fijación de salarios mínimos y a las trabas a la libertad de contratación, por considerar ambos extremos dañinos para los propios trabajadores y, en especial, para los más jóvenes y menos preparados.

— El liberalismo pregona como virtudes y como instrumentos de superación individual a la disciplina, al esfuerzo, a la capacitación y al sacrificio de un poco del presente en aras de un mejor futuro por la vía, por ejemplo, del ahorro, de la abstinencia de consumo innecesario.

— Los liberales se oponen a la creación compulsiva de empleo y a los aumentos generales compulsivos de sueldos y salarios, directa o indirectamente.

— Abogan, por otra parte, por el más libre esquema posible de comercio internacional y de división del trabajo en lo internacional.

— Los liberales rechazan la creciente permisología gubernamental como una de las más dañinas prácticas de intervención gubernamental en la actividad económica (y no económica) de los ciudadanos.

— Los liberales, finalmente, abogan por la vigencia más amplia posible de todas las libertades individuales. En política, y pese a que pretenda hacerse creer lo contrario, los liberales son “liberales” y no “conservadores”.

VI. Libertad económica y libertad política

EXPUESTO EL ANTERIOR ROSARIO DE POSICIONES liberales, deseo hacer aquí mención especial de otra importante tesis sustentada por el pensamiento

liberal. Se trata de las relaciones entre la libertad económica, por una parte, y la libertad política, otras libertades individuales y la libertad general, por la otra.

En efecto, los neoliberales consideran que la libertad económica es, de por sí, un componente importantísimo de la libertad general. Y que, como tal, constituye un fin en sí misma. Pero, además, la libertad económica genera también libertad política y otras libertades por cuanto separa el poder político del poder económico y permite que uno controle y contrarreste al otro. No se conoce en la historia caso alguno de sociedad en el que la vigencia de la libertad política no haya estado acompañada de un alto grado de libertad económica (aun cuando sí casos en que, no habiendo libertad política, existe libertad económica). Y, por el contrario, tampoco se sabe de ejemplo alguno de organización social en el que, una vez suprimida la libertad económica —es decir, la vigencia del mercado competitivo y de los derechos de propiedad— no hayan perecido rápidamente la libertad política, el resto de las libertades y la libertad general.

Esta incompatibilidad entre la ausencia de libertad económica y la presencia de libertad global puede demostrarse también teóricamente, si no bastasen las muestras de la evidencia histórica. Pero lo importante a destacar es el hecho no suficientemente percibido de que cuando se disminuye la libertad económica se está restringiendo también la libertad política y la libertad general. Y ello explica por qué el neoliberalismo no sólo se opone radicalmente al marxismo-leninismo (sistema en el cual se pierde toda libertad económica y toda otra libertad), sino que adversa también las posiciones más atenuadas en cuanto a intervención y control estatal de la economía. Cada vez que se golpea parcialmente a la libertad económica, se golpea también a otras libertades. Y cuando no quede nada de libertad económica, tampoco habrá nada de libertad alguna. Entonces, poco importará que el proceso haya sido violento o gradual.

VII. Las variantes del neoliberalismo contemporáneo

CONCLUYO CON ALGUNAS REFERENCIAS, necesariamente muy breves, a las variantes del neoliberalismo económico que actualmente están actuando en el mundo occidental.

En primer lugar, están las escuelas norteamericanas. De entre ellas, la más conocida es la escuela Monetarista o Escuela de Chicago, que constituye una reactualización de los postulados de la teoría cuantitativa del dinero. Las recetas de esta corriente para solucionar los problemas de precios e inflación recomiendan el manejo de la economía monetaria por entes estatales como son los bancos centrales. La tesis, por lo demás, es fácil de entender: si los medios de pago en poder de la comunidad son abundantes y crecen a un ritmo más rápido que la disponibilidad de bienes y servicios, los precios tenderán a subir. Por tanto, el volumen de los medios de pago en circulación debe ser restringido, hasta tanto se restablezca el equilibrio y se contenga la inflación. Tal política tiene otro efecto: la restricción de la liquidez, al contraer la demanda, genera contracción en la oferta, con la

secuela de recesión económica y de desempleo. Los monetaristas sostienen, no obstante, y adoptando una posición generalizada entre los neoliberales, que es necesario y aceptable un sacrificio ahora si ello conduce a una situación definitivamente saneada mañana. Ello es preferible a acciones que no remedien —o remedien en muy poco— los males de hoy y que, además, tampoco resulten en soluciones en el futuro.

Está, después, una corriente menos conocida: la Escuela de la Elección Pública (Public Choice), liderada por un grupo de catedráticos de la Universidad de Virginia entre los que destacan James Buchanan, Gordon Tullock, Richard McKenzie y Dennis Mueller. El interés de esta escuela se orienta, mediante la aplicación de la metodología de la ciencia económica, al estudio del sector político: procesos electorales, parlamentarismo, burocracia, toma de decisiones y asignación de recursos en y por el sector público, etc.

Otra corriente es la constituida por los elaboradores de la teoría del capital humano, cuyo más sobresaliente exponente es Gary Becker (profesor de Columbia y Chicago) y que se ocupa de explicar “como se forman, se desarrollan y se acumulan la capacidad, conocimientos, competencias y cualificaciones de que disponen los individuos, así como las relaciones que existen entre ese capital humano y los diferentes tipos de comportamientos económicos”. Están asociados a la corriente nombres como el de Theodore Schultz (Premio Nobel de Economía), Jacob Mincer y Mark Blaug, entre otros.

También está el llamado movimiento de los derechos de propiedad, que se ha especializado en el análisis de esa problemática y uno de cuyos centros principales es, también, la Universidad de Virginia. El exponente más representativo de la corriente es Ronald Coase, junto con Armen Alchian, Douglas North, Roland McKean y Warren Nutter.

Y ya he citado antes al capitalismo radical de David Friedman, corriente inscrita ya francamente en la onda libertaria, que tiene ramificaciones en la política norteamericana.

La más reciente de las corrientes neoliberales norteamericanas es la Escuela de la Economía de la Oferta. Su aporte a la teoría lo constituye la Curva de Laffer, según la cual, a partir de cierto punto, el total de la recaudación fiscal disminuye si se incrementa la tasa impositiva y, por el contrario, aumenta si desciende la tasa. Si se reduce la carga fiscal habrá más productores, más producción y más oferta, lo que significa crecimiento sin inflación.

Por otra parte, está la corriente de los neoliberales seguidores de la llamada Escuela Austriaca, que contó con figuras como Ludwig von Mises y Wilhelm Roepke y cuyo patriarca es hoy Friedrich von Hayek que, a los ochenta y tantos años, aún despliega una intensa actividad intelectual en Europa.

Una última referencia es la relativa a corrientes que, como el Partido Liberal Alemán o los liberales de la política norteamericana, no pueden en realidad ser definidos como neoliberales al estilo de las otras corrientes que he citado aquí. El Partido Liberal Alemán —cuyos teóricos hablan hoy de

un “nuevo liberalismo”— se ha ido deslizando desde hace tiempo hacia posiciones socialdemócratas o socialistas. En la actualidad, participa con el Partido Demócratacristiano en la coalición que gobierna a Alemania. Y yo no me atrevería a afirmar que los demócratacristianos sean parte de la corriente del pensamiento neoliberal.

“La paz reclama su hora, también reclama el robustecimiento de la democracia en todas las naciones de América. Ahí donde se han abierto las puertas de la libertad y la democracia, donde los hombres pueden elegir libre y periódicamente a sus gobernantes, donde prevalecen el pluralismo político, el diálogo y la expedita manifestación de las ideas, la lucha armada sólo puede interpretarse como el deseo de establecer una nueva dictadura: no se trata de luchas libertarias, sino de pugnas de fanáticos que pretenden imponer, por la fuerza, el pensamiento de una minoría, cualquiera que sea su signo ideológico. Ejemplos claros de estas luchas fanáticas, cuya consigna es impedir el desarrollo de la libertad en las democracias, son las guerrillas que persisten en El Salvador, Perú y Colombia”.

Propuesta de Paz de San José (De la declaración conjunta de los presidentes de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica en la reunión cumbre de San José, febrero, 1987).